

## RECENSIONES

EDWARD ASHCROFT: *De Gaulle*. Londres, Odhams Press Limited, 1962, 272 págs.

Todo lo que es y significa, muy especialmente en el ambiente actual, la personalidad de Charles De Gaulle, general de división cuya carrera militar parece haber sufrido más bien que haberse beneficiado, como consecuencia de los grandes—a menudo espectaculares—progresos hechos en otra carrera, la política, pudiera encontrarse resumido en un acto que cae fuera del radio de acción de esta importante y singularmente amena biografía del inglés Edward Ashcroft, cuya admiración por De Gaulle es bien evidente. Alguna importancia tiene esto, sobre todo ahora, cuando las relaciones entre Harold Macmillan, *premier* británico, y De Gaulle, presidente de la V República francesa, son tan poco cordiales como a menudo lo fueron las relaciones entre sir Wiston Churchill, antecesor ilustre de Macmillan, y el mismo De Gaulle, la última de las figuras realmente sobresalientes—por derecho propio o por la posición que han alcanzado—del panorama tremendo y a su modo grandioso también que ofrecía el mundo en los tiempos de la segunda guerra mundial, que continúa manteniéndose en un primer plano de notoria e importante actualidad.

Otro francés hubiera sentido asombro, sobrecogimiento incluso, al contemplar las piedras venerables sobre las cuales se asentó la grandeza de una civilización que en muchas cosas carecía realmente de precedentes y que más de una vez produce todavía cierta sensación de un modernismo y de una actualidad que son de veras excepcionales e impresionantes. Otro francés, en fin, había dejado la impresión de haber sentido una emoción genuina al contemplar, al frente de sus soldados, las pirámides de Egipto. Pero no es De Gaulle de los que se dejan sorprender o impresionar con facilidad. Ni es posible creer que pudiera haberle sucedido algo parecido después de oírle decir: «Ningún francés, y yo especialmente, podría dejar de sentirse emocionado por esta ciudad (Atenas) ni olvidar lo que aquí se ha hecho por la libertad en tres mil años.»

Más fácil resulta pensar en la indudable capacidad de penetración del caricaturista de *Candide*, que presentó la figura del general De Gaulle calcada en un vaso griego de antigua y espléndida factura. Si De Gaulle hubiese sido un griego de aquellos tiempos clásicos. ¿sería tan grande hoy la gloria y la reputación de un Pericles, por ejemplo? Pero, De Gaulle nació en otra época y, por lo tanto, ha de conformarse con desempeñar un papel que es distinto más bien que mayor o menor. El papel que ha culminado, durante esta visita y según las palabras, un poco irónicas, del semanario norteamericano *Time*—en realidad, no es fácil encontrarse hoy con algo que sobre De Gaulle proceda de los Estados Unidos o Inglaterra que no sea irónico, a menos que sea, es decir, franca, abiertamente condenatorio y peyorativo, circunstancia ésta que hace más extraordinaria la biografía de Mr. Ashcroft—, en que «la gloria que es Grecia» hiciese de anfitrión a «la grandeza que es De Gaulle».

El contraste—¿o será coincidencia?—hubiera sido más llamativo de no ser tan especiales los tiempos que corren, porque «los agentes de la Seguridad francesa—siguen siendo palabras del *Time*—viajaron por delante, con tiempo para examinar los *dossiers*

de los extranjeros residentes, y posar la vista en los que llegasen posteriormente al aeródromo de Mellikon. Los ingenieros del Ejército griego recorrieron las cloacas de Atenas, en busca de bombas ocultas; guardias de uniforme gris se mantenían firmes a distancias entre sí de 25 metros, a lo largo de los 11 kilómetros de la ruta señalada para el desfile. Con emoción, un general griego retirado informó que él personalmente se abriría las muñecas para dar su sangre en el caso de que se atentase contra la vida de De Gaulle. Con mayor prudencia, el *premier* griego Constantino Karamanlis dispuso que su propia sangre fuese clasificada, «para el caso de que su cuerpo se encontrase en el camino de alguna bala que pudiese ser disparada.»

Había algo más que grandeza pura en todo aquello, pero esto no tiene por qué ir necesariamente en desdoro de la personalidad que empezó adquiriendo dimensiones nada corrientes un día de febrero del año 1916, cuando sufrió heridas graves en el campo de batalla y fue hecho prisionero. Para su biógrafo inglés es un motivo de evidente satisfacción hablar de un comportamiento heroico que mereció la atención de sus superiores y que fué objeto de citación en un orden del día que llevaba implícita la Legión de Honor y en la que se decía:

«El comandante de la compañía, capitán De Gaulle, bien conocido por su alto valor intelectual y moral, cuando su batallón, después de sufrir un bombardeo muy fuerte, quedó aislado y fue atacado desde todos los lados, dirigió a sus hombres en una furiosa batalla cuerpo a cuerpo, la única solución que consideraba él compatible con su concepto del honor militar. Cayó en la lucha. Un oficial sin par, desde cualquier punto de vista.»

Desde luego, pudiera muy bien decirse que aquí empezó una carrera que ha sido censurada sin compasión o elogiada sin medida, lo que hace ciertamente difícil establecer ese justo equilibrio que no deja de ser necesario por el hecho de ser algo tan poco corriente en la vida. Y como esta biografía es francamente elogiosa, no parece que ha llegado todavía el momento de encontrar lo único que se puede considerar como realmente nuevo y, por ello, aún no divulgado: una presentación ecuánime, altamente documentada e históricamente valorada de la figura dominante de la vida francesa de estos tiempos y es posible también que una de las figuras, pocas necesariamente, que por derecho propio merezcan ocupar un puesto de primera categoría en la historia de su patria.

De lo que es este hombre hay testimonios y descripciones en abundancia. Mucho de ello—y no todo favorable, sin duda, porque la notoria simpatía de Mr. Ashcroft no le lleva a hacer una presentación del presidente de la V República total, absolutamente parcial—aparece resumido y comentado en *De Gaulle*, esta biografía atractiva y francamente recomendable, sobre todo para quienes sin mucho tiempo a su disposición y sin un interés avasallador por estas cosas sientan el deseo de adquirir alguna noción rápida de un estadista a la vez tan discutido y tan elogiado. Pero, ¿cómo es De Gaulle, personalmente?

Mr. Ashcroft, que va dibujando página a página la personalidad física y moral del general De Gaulle, a medida que va creciendo, para empezar, y al irse afirmando después como uno de los estadistas dominantes de la postguerra, especialmente de los días en que van desapareciendo o han desaparecido ya los gigantes cuya sombra se proyectó sobre el panorama ensangrentado de la segunda guerra mundial, reproduce con gusto una impresión de su compatriota el general Spears, tomada durante la reunión celebrada entre De Gaulle y Churchill, el 12 de junio de 1940.

«De Gaulle, cuyo comportamiento—dice Spears—le distinguía entre sus compatriotas por la calmosa flemma saludable del inglés. Un hombre de aspecto extraño, enormemente alto; sentado a la mesa dominaba a todos los demás por la estatura de la misma manera que lo había hecho al entrar en la sala. Sin barbilla, con una larga y caída nariz elefantina, que se destacaba sobre un bigote muy cortado, una sombra nada más encima de una boca pequeña, cuyos gruesos labios tendían a echarse hacia fuera, como si fuesen a hacer un puchero, antes de hablar. Una frente altamente inclinada hacia atrás y una cabeza puntiaguda, coronada por un pelo negro y ralo aplastado y cuidadosamente peinado, con raya a un lado. Había mucha astucia en los ojos debajo

## RECENSIONES

de unos párpados abultados. Cuando estaba a punto de hablar, oscilaba la cabeza levemente, como un péndulo, mientras andaba en busca de palabras. Recordé al instante y comprendí bien el apodo de «el Condestable» que Pétain dijo que se le había dado en (la academia militar de) St. Cyr. Era fácil el imaginar aquella cabeza encima de una gorguera, aquella cara secreta en la Cámara de los Consejos de Catalina de Médicis. Aquella tarde ofrecía el aire de la confianza y la seguridad en sí mismo que le hacía sumamente atractivo. Me pareció que era algo con lo que había regresado de Abbeville, donde se había visto empeñado en una victoriosa acción de tanques.»

Se estaba perfilando, con trazo firme, el De Gaulle que merecía, sin duda, ser discutido o elogiado, porque en aquella personalidad no había sitio para lo vulgar o mediocre. Dentro de aquella envoltura física tan fuera de lo corriente, podía pensarse que había sitio únicamente para lo que, por ser inmensamente grande, sólo podría ser capaz de producir y provocar superlativos, para la admiración, para el desprecio y hasta para el odio. Porque, un ser así, ¿cómo podía conformarse con el mundo que había sido hecho a la medida de los demás, expresión de la mediocridad?

Esta falta de adaptación al ambiente, esta sensación de incomodidad en presencia de simples seres humanos, está en evidencia constante en las páginas de la biografía de Mr. Ashcroft. En ocasiones, como aquella, por ejemplo, en que se siente movido a tomar un párrafo de las Memorias del general, en el que se describe la impresión que recibió al llegar, el 22 de agosto de 1944, al Ministerio de la Guerra, en París.

«Me sentí—escribe De Gaulle—sorprendido inmediatamente por la impresión de que nada había cambiado dentro de estos venerables muros. Gigantescos acontecimientos habían dislocado el mundo, nuestro ejército había sido aniquilado y Francia había caído prácticamente en el colapso. Pero en el Ministerio de la Guerra el aspecto de las cosas continuaba sin cambiar. En el patio, una unidad de la Guardia Republicana, presentó armas, como en el pasado. El vestíbulo, la escalinata, las armas que colgaban de las paredes: todo estaba como había estado. Aquí, en persona, estaban los mismos ujieres y ordenanzas. Yo entré en el despacho del ministro que Paul Reynaud y yo habíamos dejado conjuntamente en la noche del 10 de junio de 1940. Ni un solo mueble, ni una alfombra, ni una cortina habían sido tocados. En la mesa, el teléfono estaba en el mismo sitio y había exactamente los mismos nombres en los timbres de llamada. Pronto había de saber que éste era el caso en todos los demás edificios en los cuales la República se había alojado. Nada faltaba con la excepción del Estado. Era mi deber el restaurarlo; instalé a mi personal al instante y nos pusimos a trabajar.»

En la vida activa o en el reino, De Gaulle no ha dejado de trabajar desde entonces. Y lo que ha hecho no todo ha producido una sensación de comodidad en todos los franceses por igual, que son, en definitiva, los más interesados, a quienes corresponde un puesto de honor para cuando llegue el momento de emitir un juicio definitivo sobre este hombre y su obra.

JAIME MENENDEZ.

LEO MARQUARD: *The Peoples and Policies of South Africa*, third edition, 284 págs., Oxford University Press, London, 1962.

La difusión alcanzada por esta obra, tres ediciones en menos de diez años, y el renombre del autor, hacen imprescindible dedicarle cierta atención. Marquard procura, ciertamente, ser objetivo ante las realidades sudafricanas, pero no ha sabido desprenderse de una postura apriorísticamente desfavorable respecto al hecho fundamental: el *apartheid*. No ha sabido comprender las razones fundamentales que lo motivan. Sudafrica tenía que escoger entre una integración de todas las razas en un cuerpo político y el desarrollo separado. La integración política hubiera significado conceder el voto a

## RECENSIONES

sector más retrasado de la población, lo cual, por otra parte, es extraño a la tradición bantu. La realidad demuestra que el prematuro ejercicio de los derechos ciudadanos por parte de masas africanas que aún no han alcanzado la suficiente preparación política conduce a desastres como los desarrollados en el Congo, Camerun, etc. No se comprende, así, la hostilidad que despierta esta prudente medida del Gobierno de Pretoria. Tanto más cuanto que, merced al interés de las autoridades sudafricanas, la población bantu disfruta un nivel de vida muy superior al de los restantes países africanos.

Para Marquard las violencias y desórdenes que se han registrado últimamente en el país son producto de esta política de segregación. «Hay gran indignación pública contra un sistema de administración que provoca tales demostraciones» (pág. 30). Pero la realidad es que esos desórdenes no han sido provocados por la segregación, sino por la propaganda comunista interesada en fomentar el desorden. En Angola no existe la segregación racial y hemos visto masas lanzadas al desorden. En cada país africano la propaganda comunista busca un pretexto sobre el que montar una campaña de subversión. La segregación en la práctica sólo priva a los africanos del derecho electoral que jamás ejercieron y por el que sienten íntimamente absoluta indiferencia. Y en cambio les proporciona un nivel de vida extraordinariamente alto. Además, con su política del Bantustan, el Gobierno sudafricano proyecta que el bantu pueda gobernarse a sí mismo, pero, naturalmente, que no gobierne a una población blanca infinitamente más preparada, a la que se debe la prosperidad del país y sin cuya presencia se volvería a la barbarie en que se hallaba cuando arribaron los europeos.

Afirma Marquard que «las reservas son en parte aquellas áreas en las que las tribus africanas vivían originalmente cuando fueron conquistadas por los europeos. Después de cada conquista, los límites eran fijados por el conquistador que ocupaba alguna de la tierra previamente poseída por la tribu» (pág. 37). La palabra «originalmente» induce a confusión, porque parece indicar que los bantus eran autóctonos del país, cuando lo cierto es que los hotentotes eran los primitivos habitantes y cuyo territorio fue conquistado por las tribus bantus guerreras que se desplazaron hacia allí en el curso de dilatadas emigraciones. Las tribus bantus se establecieron en Sudáfrica, por lo tanto, mediante el derecho de conquista, siendo, por lo tanto, quienes primeramente fijaron los límites de las tribus tras de la conquista. Si los diversos países tuvieran que entregarse a sus primitivos habitantes, Sudáfrica tendría que ofrecerse a los escasos hotentotes, de forma análoga a como los Estados Unidos tendría que ser entregado a los descendientes de las tribus «pieles rojas» que lo habitaban antes de ser conquistado por los europeos.

Marquard carga el acento sobre la presión demográfica que se advierte en las reservas: «la paz y la medicina europea tiende a incrementar la población africana y aumenta la presión de la tierra» (pág. 38). Esta afirmación, que hace en son de reproche, revela el beneficio aportado a las tribus bantus por la colonización europea, puesto que anteriormente las sangrientas luchas intertribales y las enfermedades diezaban la población. Ha sido precisamente la denodada obra sanitaria y de pacificación la que ha evitado el declive demográfico bantu conduciendo a su presente incremento. Esta presión sobre la tierra en que hace hincapié es, por otra parte, un fenómeno universal consecuencia del progreso.

Por esto resulta absurda la afirmación del autor de que «la superpoblación arruina la tierra. Los africanos son tradicionalmente un pueblo ganadero que considera la cantidad como más importante que la calidad y en los días preeuropeos estaban plétóricos de tierra para sus ganados, que han sido siempre un signo de su importancia individual» (pág. 39). Primeramente, la destrucción de los suelos ha sido, en toda África subsahariana, debida principalmente al mal uso que de ella han efectuado las tribus nativas (incendios del bosque, agricultura itinerante, técnicas rudimentarias, etcétera). Son los esfuerzos que desde 1946, en que fué promulgada el Acta de Conservación del Suelo número 45, viene desarrollando el Gobierno sudafricano los que evitan su ruina de forma análoga a como se viene efectuando en los restantes países, porque éste es, también, un fenómeno general. En cuanto a la costumbre bantu de mantener

## RECENSIONES

grandes efectivos ganaderos, por cuestión de prestigio, improductivos hasta el punto de padecer deficiencias alimenticias sin aprovecharlos, es una costumbre ancestral que todos los Gobiernos africanos tratan de modificar buscando que el ganado cumpla una función realmente útil.

Se dice, más adelante, que «las reservas son áreas pobres, agobiadas, incapaces de mantener la población existente» (pág. 39). La realidad es muy distinta, puesto que no son pobres ni escasas. Por el Acta de la Tierra número 27 de 1913 fué declarada área bantu inalienable una extensión de 10.729.435 morgen. El Departamento de Asuntos Nativos, establecido en 1910, tomó la responsabilidad del desarrollo de esa área. El Acta de Tierras Nativas número 18 de 1936 establecía un aumento del área en siete millones y cuarto de morgen mediante tierras adquiridas por el Gobierno, de las cuales los dos tercios han sido transferidas ya a las reservas y el resto se va agregando anualmente. Si bien es cierto que sólo el 13 por 100 del territorio de la República ha sido destinado a reservas, es preciso tener en cuenta que el 70 por 100 de la República es terreno montañoso o semidesértico. Actualmente el 45 por 100 de las tierras fértiles pertenecen a las reservas. En ellas existen 3,7 millones de cabezas de ganado vacuno, 3,7 millones de ovejas y 2,9 millones de cabras. Por otra parte, los africanos poseen, en granjas europeas, 1,3 millones de cabezas de ganado vacuno, 343.000 ovejas, 601.000 cabras, 300.000 caballos y mulos, 165.000 cabezas porcinas y 1.760.000 aves. A cada bantu se le proporciona de 1,5 a 2 morgen de tierras de regadío, a cuya extensión destina grandes sumas el Gobierno. Estas cifras demuestran la prosperidad del campesino bantu. Es preciso advertir que no todos los bantus residen en las reservas, porque aparte de los que están urbanizados, 2.120.000 africanos trabajan y viven permanentemente en las granjas europeas.

Reconoce Marquard, por otra parte, la intensa política desplegada para mejorar la vivienda nativa. «El Partido Nacionalista subió al Poder en 1948, heredando caóticas condiciones y abordó el problema de la vivienda urbana con energía y sentido práctico. Enfrentado a la realidad de ciudades de chozas, en 1959 el ministro de Administración y Desarrollo Bantu podía anunciar que en los anteriores ocho años medio millón de africanos habían sido instalados en 100.000 unidades familiares y que la edificación seguía a buen ritmo. Nuevas ciudades fueron planeadas inteligentemente, dotadas de escuelas, iglesias, edificios públicos, mercados, centro comercial, jardines, etc. (página 51). Efectivamente, durante los años 1948 a 1960 se han invertido más de R. 80 millones en viviendas urbanas para bantus. La cifra de viviendas construídas alcanzaba en 1961 a las 133.000.

El éxito de la política social del Gobierno sudafricano está implícitamente reconocido por Marquard. Pese al cuidado con que recoge todo aquello que, en su opinión, resulta desfavorable, no puede por menos de afirmar que el trabajador africano disfruta, en las granjas o en las minas, de excelente trato: «los granjeros tratan a los trabajadores africanos paternal y bondadosamente» (pág. 58), «se les examina médicamente cada tres meses, mientras están empleados en las minas. Los africanos se encuentran generalmente en mejores condiciones físicas cuando terminan su trabajo en las minas que a su llegada» (pág. 61). «Las empresas mineras se dan cuenta de la importancia de la salud física de sus trabajadores y gastan más de un millón de libras anuales en servicios médicos. El Ernest Oppenheimer Hospital de Welkom es el mejor de África» (página 62); etc.

La intensa obra educativa efectuada es también reconocida por Marquard (páginas 218-220). Completando los datos aportados por el autor, cabe señalar que en 1961 existían 7.718 escuelas bantus con 1.500.000 alumnos (70 por 100 de los niños en edad escolar), que a las escuelas secundarias asistían 48.994, que existen 27.700 maestros bantus y que los africanos matriculados en los tres Colegios universitarios bantus (Colegio del Norte, del Zululand y Fort Hare) ascendía a 524 en dicho año. Como decía el rector de la Universidad de Natal, doctor Malherbe, desde 1916 Sudáfrica, para una población africana de 10 millones, ha formado 2.000 graduados universitarios, mientras

que el resto de los países africanos, con una población de 80 millones, sólo ha obtenido 1.700 graduados.

JULIO COLA ALBERICH.

ADRIANO MOREIRA: *Portugal's Stand in Africa*, 261 págs., University Publishers, New York, 1962.

El profesor Moreira, ex ministro lusitano de Ultramar, expone la postura de su país ante la política desarrollada por las Naciones Unidas y la contribución portuguesa al progreso humano en sus provincias ultramarinas. Está destinada la obra al público norteamericano, que evidencia un profundo desconocimiento de la política africana de su aliado en la O.T.A.N. La incomprensión, nacida de esa ignorancia, hace resaltar el profesor Moreira en su prefacio, «ha dado lugar a cierto brote de anti-americanismo en Portugal», que podría constituir un grave contratiempo para ambas naciones en el caso de que se incrementase. Tan altas razones le han impulsado a redactar este volumen, que compendia la realidad de los hechos, con el fin de que el pueblo norteamericano, saturado de una propaganda hostil, pueda conocerlos y emitir su propio juicio.

La tenacidad que caracteriza la campaña de insidias contra Portugal muestra claramente el alcance de los objetivos que se persiguen. Con razón puede hablar Moreira de «la mayor conspiración jamás fabricada contra nuestro país», así como de «la perfidia de los que consideramos amigos». Portugal ha llevado a cabo en sus provincias ultramarinas una dilatada gestión encaminada a conservar un frente unido sin distinción de raza, cultura o religión. En el ultramar lusitano no existe discriminación racial, aunque esto no impide que los mismos Estados que en la Organización mundial atacan a la República Sudafricana por su política de *apartheid*, demuestren idéntica hostilidad a Portugal que no sustenta esa ideología. Se demuestra, así, que el origen de la irritación es que ambos países constituyen, casi, los últimos reductos africanos que mantienen la misión de Occidente y, como decía Oliveira Salazar, «Africa es el complemento de Europa imprescindible para su defensa». La campaña, estimulada por los países comunistas contra Portugal tiende a debilitar y desintegrar las fuerzas occidentales en aquel espacio vital, porque la política lusitana constituye una de las principales líneas de resistencia contra el avance de los ideologías disolventes. Y ese ataque que, como asegura el profesor Moreira, «ha sido amplia y científicamente preparado», se desarrolla ante la inhibición de los países que dirigen el bloque denominado «occidental».

Abre el volumen un capítulo titulado «De Bandung a El Cairo», que es una síntesis de las maniobras de penetración comunista en el mundo afroasiático. «Oficialmente—dice—la reunión de Bandung tuvo lugar como resultado de la iniciativa de las llamadas potencias de Colombo y aunque voces claras, como las del general Rómulo y el primer ministro de Ceilán, condenaron el colonialismo soviético, fracasaron en obtener una resolución acerca de ello. Por otra parte, el *neutralismo* de algunos de estos Estados no permitió a los soviéticos presentarse en una conferencia gubernamental. Mientras tanto, la presencia occidental en Asia, bajo cualquier forma de soberanía colonial, fué prácticamente descartada y el Partido Comunista obtuvo puestos en los Gobiernos de Indonesia y Ceilán entrando activamente en actividades parlamentarias y subversiones en todo Oriente.»

Muy interesante es el capítulo segundo: «Africa y los territorios ultramarinos portugueses en la escena internacional». Trata de las consecuencias derivadas de las conferencias de Tánger y Accra. El principio de la guerra subversiva fué aquí aceptado y sus implicaciones han sido claras. En el plano internacional el *neutralismo*, tabú místico en la acertada calificación de Moreira, ha venido a constituir «el hecho

## RECENSIONES

político fundamental de nuestro tiempo». El neutralismo rehusa aceptar la legitimidad de cualquier poder que ejerza su autoridad en un continente distinto de aquel donde esté localizado el aparato central de su Gobierno y, más particularmente, niega tal legitimidad cuando los territorios en cuestión están habitados por grupos étnicos diferentes. «El neutralismo afirma que es mejor tener un mal Gobierno de origen local, escogido por sus habitantes, que un buen Gobierno originado en un continente diferente.» En resumen, esto significa que el neutralismo no acepta que cualquier plena soberanía pueda ser ejercida por las potencias occidentales sobre los territorios coloniales.

A través de los capítulos tercero y cuarto, pasa revista el autor a los hechos capitales de la lucha ideológica desplegada en las últimas décadas. Le sigue otro: «Misioneros en competición», donde se destaca que la proyección europea en el África negra ha sido cristiana y, en lo que concierne a Portugal, esencialmente católica. Esta circunstancia tiene una importancia social y política que supera los exclusivos intereses de la Iglesia católica, porque afecta vitalmente a los problemas euro-africanos.

El problema de la unidad política africana y el *status* de los pueblos es el tema desarrollado en el sexto capítulo. Menciona los planes de unión propuestos por Anta Diop y Seku Ture. Las densas páginas del profesor Moreira despiertan amplias sugerencias sobre este tema mayor de la política africana. En nuestra opinión, es indudable que la frondosa proliferación de tales planes de unión se debe a que interpretan un profundo anhelo subyacente en el alma de las masas africanas, aunque su formulación programática haya sido, en términos generales, planteada de forma excesivamente ambiciosa, faltando la debida correlación entre la idea de una entidad política supranacional y el *status* soberano de cada país. Ahora mismo, en proyecto similar patrocinado por Nkrumah y la Carta de África es muy prudente, en sus conclusiones, respecto a la unidad. Por otra parte, los principales teóricos del superestado africano tienen una sólida formación marxista. Diop afirma que «la revolución de octubre, facilitando el auge de los partidos comunistas en los países imperialistas y en los países coloniales más desarrollados, creó un nuevo sistema de alianza entre los explotados en las metrópolis y las colonias». Y de llevarse algún día a efecto la unificación africana, no cabe dudar que su infraestructura sería puramente marxista.

Expuestos estos antecedentes que configuran el contorno político africano pasa Moreira a abordar los problemas capitales: la posición de Portugal ante las Naciones Unidas, la contribución lusitana al progreso humano en sus provincias ultramarinas y la política de integración. Trata, primeramente, de los aspectos formales, jurídicos y políticos, de la posición portuguesa ante la O.N.U. Sistematizando el proceso evolutivo de la internacionalización de la actividad colonial, distingue las siguientes fases: internacionalización de la ética a que debe sujetarse la actividad colonial, internacionalización de la vigilancia sobre la actividad colonial y, finalmente, la internacionalización de la administración ultramarina. Considera que la ética de la política colonial es la formulada por los Papas. La segunda fase tuvo su sistematización legal en el Acta de la Conferencia de Berlín de 1885. La internacionalización de la vigilancia de las actividades coloniales está estrechamente ligada al sistema de mandatos instituido por la Liga de Naciones y, por último, la de la administración ultramarina es un fenómeno ligado a la expresión que pretenden imponer ciertos grupos de la O.N.U. Cuando Portugal fué admitido, en diciembre de 1955, como miembro de las Naciones Unidas, el secretario general subrayó el capítulo XI de la Carta solicitando respuesta de si poseía algún territorio no autónomo. «Es evidente—afirma Moreira—, en vista de nuestro principio tradicional de unidad política, secularmente afirmada en las leyes y en la moderna Constitución, que Portugal no admitiría que cualquier parte de su territorio tuviese un *status* diferente del resto del territorio nacional. Consecuentemente, respondió que no administraba ningún territorio no autónomo.» Esta contestación desencadenó la animadversión de los grupos anticolonialistas, que impusieron el criterio de que la Asamblea General era competente para decidir la naturaleza de cualquier territorio. Como había explicado el predecesor de Moreira en la cartera de Ultramar,

## RECENSIONES

en unas declaraciones efectuadas el 15 de noviembre de 1960, refiriéndose a la moción aprobada por la Comisión de Fideicomiso de la O.N.U. en el sentido de que Portugal debía suministrar información sobre sus provincias ultramarinas: «Nuestra puerta está abierta en Europa, en Africa o en Asia para todos los que quieran visitarnos y ver, de buena fe, cómo trabajamos y vivimos; pero rehusamos aceptar falsas interpretaciones de los principios por los que nos guiamos. No autorizaremos que nadie nos inspeccione ni permitiremos ninguna interferencia en la solución de problemas internos.» Este claro concepto de dignidad, implícito en la soberanía, es el que ahora quiere ser atropellado en la Organización mundial por algunos Estados advenidos al concierto de la vida internacional sin los debidos requisitos de preparación y solvencia.

Destaca, en el capítulo sucesivo, las características de la obra civilizadora lusitana basada en el respeto de las culturas autóctonas y la dignidad del hombre sin distinción de raza o color: derecho a la justicia, respeto de los derechos civiles, económicos y sociales, etc. La idea de sociedades multirraciales con igualdad para cada raza se halla en la mejor tradición portuguesa y es la aplicada en sus provincias ultramarinas donde prevalece un sano concepto de igualdad ante la ley que no es precisamente aplicado en algunos Estados que, como Ghana, se han distinguido por la desafortada violencia en sus ataques a la obra civilizadora de Portugal.

JULIO COLA ALBERICH.